

dal, su tesoro, el tesoro en quien tenía puesto su corazón. Cada caricia que le dirigía el tierno Niño al par que le hacía desfallecer de amor, era un nuevo dardo que atravesaba su alma, porque le avivaba el recuerdo de sus padecimientos futuros, y veía á través de los días sus tormentos y aficciones: tan cierto es que no dejaba de tener presente ni por un momento el vaticinio que escuchara en el templo de Jerusalén.

Cuando contemplo, mis hermanos, la dilatada cadena de los dolores de la Santísima Virgen, no puedo menos de admirar su heroísmo sin igual y sin segundo. Yo creó poderle aplicar estas palabras del coronado profeta: «En mi aficción invoqué al Señor y clamé á mi Dios y oyó mi voz (1).» Sí, porque si María no hubiese sido confortada de lo alto, hubiese muerto de dolor. ¿Y cuál fué la causa que motivó tanta amargura? ¿Por qué tiene que padecer el Justo por excelencia y la inocente Madre que le diera nuestra naturaleza y le alimentara con sus pechos? ¿Quién fué el verdugo que preparó la cuchilla del martirio de un Dios y de su Madre? ¿Lo habeis olvidado por ventura? Yo os lo recordaré con dolor: fué el pecado. ¡Oh ingratitude de la humana naturaleza! ¡oh miseria espantable del hombre mortal! El pecado fué el autor de tan trágicas escenas, y sin embargo el hombre se atreve á pecar, que es como oísteis ayer, renovar los tormentos del Hijo y los dolores de la Madre.

¡Qué lecciones mas sublimes nos dá en este día la Santísima Virgen! ¡Ojalá que todos nos aprovechá-

(1) In tribulatione mea invocavi Dominum, et ad Deum meum clamavi, et exaudivit vocem meam. Ps. XVII, v. 7.

ramos de ellas! A Dios se ofende con la poca conformidad en su voluntad santísima; y María, maestra del Cristianismo, en su conformidad y resignación, en su huida á Egipto con su Divino Hijo y su casto Esposo, nos enseña que la resignación en los trabajos y aficciones de la vida conduce necesariamente á la felicidad del cielo, á que todo cristiano debe aspirar.

SEGUNDA PARTE.

El mundo, por mas que algunos filósofos nos lo quieran pintar con bellos colores, no es otra cosa que un valle de lágrimas y de miserias. Apenas nace el hombre, las lágrimas asoman á sus ojos, como preludio de lo que tiene que padecer en adelante. En su cuna se halla y el dolor empieza á ser sentido por él, porque la aficción se adelanta al uso de la razón. Ora su origen sea el mas noble y vea la primera luz bajo la dorada techumbre de un palacio, ora por ser hijo de unos padres pobres tenga que alimentarse con el pan de la caridad, ello es que la adversidad, las enfermedades, la muerte, cercan al hombre y le amenazan de continuo. Mil peligros le rodean y continuos motivos de aficción le agitan. ¡Ah! cuán cierto es que la vida es como un sueño; que el mundo no presenta sino motivos de desengaños.

Corred el vasto campo que nos presenta la sociedad: aquí vereis á aquel jóven, poco antes lleno de lozanía y rebosando salud, ahora postrado en un lecho de dolor, sufriendo el rigor de una enfermedad aguda: allí, aquel rico comerciante que ha sufrido grandes pérdidas, motivo por el que se ve

reducido á la mayor miseria, careciendo de un pedazo de pan con que alimentar á sus hijos: ya oireis llorar inconsolable á una madre á quien la muerte ha arrebatado el fruto de sus entrañas, á quien amaba y que formaba sus delicias y complacencias; ya á un hijo que pone sus lamentos en el cielo porque la pérdida de su padre le ha dejado en la mas triste horfandad. Aquí oireis referir la lastimosa historia del hombre á quien calumnias y malas voluntades tienen en una cárcel confundido con los mayores criminales; en otra parte la ruina de unos menores á quienes la perfidia de un tutor egoista dejó en la mas lamentable miseria. Unos lloran y se lamentan de sus desgracias porque la sequía ó los efectos de una tempestad les ha privado de la cosecha en que fundaban sus esperanzas: tan cierto es que el agua, el aire, el fuego, los elementos y todo cuanto hay conspira contra el hombre, y hasta el hombre mismo. ¡Qué mísera existencia! Mas, ay, hermanos míos, cuán felices seríamos los cristianos si supiéramos sacar frutos de la adversidad, como lo sacaron los grandes héroes del Cristianismo, que la Iglesia ha colocado sobre los altares para que nos sirvan de ejemplo y de modelo.

El hombre que carece de fé, que vive, no segun la doctrina de Jesucristo, sino segun el espíritu del mundo, que como sabeis es uno de los enemigos de nuestras almas, apenas ve que la tribulacion le cerca, se abate, trata de huir de ella, y cuando siente sus efectos, maldice de su suerte, se aflige y á veces se desespera. El verdadero cristiano, el fiel discípulo de Jesucristo obra de muy diverso modo. Su fé le advierte que la vida del hombre se disipa como el humo, que

es muy corta; que es nada en comparacion de la vida futura que le espera, y las reflexiones que se agolpan á su imaginacion, no solo le hacen llevaderos sus trabajos, sino que en ellos encuentra su gozo y su consuelo. Y es así, mis hermanos, porque el cristiano verdadero fija su vista en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé; recuerda al verle crucificado en la cruz sus aflicciones, los insultos que recibió de los hijos del deicida pueblo, sus azotes, las espinas de su corona, y en suma su dolorosa muerte: dirijese despues á Maria, reconoce su justicia y santidad y tambien recuerda sus dolores, y viene en conocimiento de que el camino de la cruz y la mortificacion es el que conduce al cielo.

Por las razones espuestas, Felipe Neri preferia para celebrar las funciones de su ministerio sacerdotal, aquella Iglesia en la que teniéndole por hipócrita y embaucador, le contradecian, le insultaban y le daban motivos para ofrecer á Dios: por la misma razon la ilustre española Teresa de Jesus, encontraba su mayor gozo en los desprecios, en los insultos, en las risas de sus compañeras de cláustro y hasta de los mismos sacerdotes que la tenian por loca.

Las aflicciones, mis amados oyentes, son muchas veces auxilios especiales de nuestro buen Dios: son, y no lo dudeis, pruebas del grande amor que nos profesa y del deseo que arde en su corazon de nuestra salvacion. Nos aflige, ó bien para que la adversidad nos haga entrar dentro de nosotros mismos, conocer nuestros pecados y enmendarnos, ó bien para por este medio librarnos de algunos males que estamos lejos de preveer, ó tambien porque quiere que pagnemos en el mundo la pena de nuestras culpas, para que nos li-

bertemos de pagarla con mas rigor en el fuego del purgatorio. ¡Cuán grande es, Señor, vuestra misericordia! ¡Cuán impenetrables vuestros juicios! Castigadnos y enviadnos aficciones y adversidades, si ellas han de ser para nuestra gloria y nuestra utilidad. Mas yo me admiro al ver que la mayor parte de los cristianos rehusan las aficciones y tiemblan, al solo pensamiento del padecer. Díganlo sino, esos que nadando en la abundancia parece que no tiene otro Dios que ese metal á quien adoran: díganlo ese lujo escandaloso y esas costumbres gentílicas, seguidas y observadas por muchos que se precian de cristianos. ¿De dónde nace tanto pecado? ¿De dónde trae su origen tanto libertinaje, tanta indiferencia, tanta irreligion? Del poco amor á los trabajos, y del mucho deseo de placeres que la religion condena.

Desengañaos, cristianos, ó padecer con resignacion á la voluntad divina en este mundo, ó padecer eternamente en el otro. No os diré yo que cuando os veais en la tribulacion no clameis á Dios: antes por el contrario, pedidle el socorro que deseais, pero pedídselo cristianamente, al modo que Jesucristo nuestro Redentor y Maestro, nos enseñó en el huerto de las Olivas. Pase, esclama, al contemplar en los tormentos que le esperan, pase de mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra: *non mea voluntas, sed tua fiat*. Señor, debe á este modo esclamar el cristiano; libradme de la aficcion en que me veo, remediadme en mi necesidad, pase de mí la calamidad en que me veo envuelto, mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra porque yo puedo ver males donde vos, Señor, veis bienes. Hacedlo, así hermanos míos, y si despues de haber orado con fé y confianza, veis que la aficcion

sigue ó se aumenta, gozaros en el Señor, conociendo que os conviene el padecer. Si la debilidad de vuestra carne quiere abatiros, en este caso dirigid vuestra vista hácia el camino que desde Belen conduce á Egipto: traed á la memoria la resignacion y conformidad de esa afligida y dolorosa Virgen, que obediente á la voluntad de Dios, á pesar de la delicadeza propia de su sexo, camina por entre tantas asperezas, si bien llena de amargura y de dolor por los padecimientos de Jesus, sin pensar ni por un instante en los propios. Sufrió y padeció María siendo purísima é inocentísima, y estando revestida de la altísima dignidad de Madre de Dios. Y siendo nosotros tan pecadores ¿rehusaremos el padecer? ¿Nos quejaremos de nuestras aficciones? ¿Murmuraremos de la Providencia? ¡Ah! ¡Cuán cristiano es que consideremos que nada son las aficciones que sufrimos en los trabajos que el Señor nos envia, para lo que nosotros merecemos por nuestros pecados! Si hiciéramos esta reflexion, si las aficciones las mirásemos como camino del cielo, si tuviéramos amor á la Cruz del Redentor, si fuéramos verdaderos devotos de esa dolorosa Virgen, encontraríamos dulces los trabajos; ellos ejercitarían nuestras virtudes; las virtudes nos harían justos, y nuestra justicia nos conduciría al cielo, á esa hermosa patria donde no reina el dolor y el llanto, donde nadie padece, donde todos gozan, donde, en suma, reina María con su divino Hijo, y ocupa un trono á mayor elevacion que todos los bienaventurados y que aun los mismos coros angélicos, porque en su profundísima humildad acató en la tierra la voluntad del Hacedor Supremo, y se resignó gustosa á cuantas penas y dolores atravesaron su corazon.

Cristianos: dos señores os están llamando y ambos redoblan sus clamores: uno es Jesucristo, que lleno de amor vertió su sangre por salvarnos: el otro es el mundo en que vivís: el primero os llama por el camino de la mortificación, el segundo por el de los placeres: aquel os dá una corona de espinas, el mundo os ofrece una de flores: la que os quiere colocar el Salvador se convierte despues en una corona de gloria que no tiene fin, las flores que adornan la que os ofrece el mundo se marchitan en breve tiempo. ¿Y habrá, esclama admirado San Juan Crisóstomo, quien cerrando sus oídos á las voces del Señor, los tenga atentos para escuchar los clamores del mundo? ¡Cuánta insensatez! ¿Quereis ser de Dios ó del mundo? En vuestra mano está el escoger: pero ya oigo que me decís que quereis salvaros, que deseais aprovecharos de los frutos de la pasión y muerte de Jesús y de los dolores de María, y que por lo tanto estais decididos á caminar gustosos por el saludable sendero de la Cruz.

Sí, dolorosísima Reina y Madre nuestra: vos sois la que desde el cielo despachais las gracias del Señor; alcanzadnos la que necesitamos, á fin de que huyendo del mundo que nos persigue, como vos huísteis de Belén con vuestro Divino Hijo, y atravesando el camino de la mortificación con la resignación de que vos nos habeis dado ejemplo en vuestro viaje á Egipto, tengamos un día la dicha de llegar al término feliz de nuestro viaje por el desierto del mundo, que es la patria celestial de la gloria. ¡Amen! ¡Amen!

SERMON

SOBRE EL

TERCER DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

La pérdida del Niño.

Puer non comparet, et ego quo ibo?

El niño no parece, y yo ¿á dónde iré?

Génes. cap. XXXVII, v. 30.

Cuando leo, señores, en el sagrado libro del Génesis, de donde he tomado las palabras que acabais de oír, la perfidia de los hijos de Jacob, que envidiosos del amor que á su pequeño hermano José profesaba el padre por haberlo tenido en su vejez, y por el mayor cariño que habia tenido á Rachél, madre de José y de Benjamín, el menor de sus hijos, y contemplo los planes de muerte que contra él concibieron, ó por último su maldad en venderlo, y persuadir á su padre que habia sido devorado por alguna fiera, no puedo menos de estremecerme y llenarme de estupor considerando el grado de cinismo á que las pasiones conducen á los hombres.

En efecto, José habia tenido un sueño que mas